

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XLI

CICLO DE CONFERENCIAS

PARQUES Y JARDINES



*C. AÑÓN FELIÚ – J. L. SANCHO GASPAR – J. MARTÍNEZ PEÑARROYA – M.
LUENGO AÑÓN – L. M. APARISI LAPORTA – A. LUENGO AÑÓN – C. CAYETANO
MARTÍN – J. DEL CORRAL RAYA – F. DIAZ MORENO – M.ª T. FERNÁNDEZ
TALAYA – C. LOPEZOSA APARICIO – R. BASANTE POL – J. MONTERO PADILLA –
E. DE AGUINAGA LÓPEZ – R. SERRANO RUBIO – C. ARIZA MUÑOZ – F. AZORÍN
GARCÍA – A. SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA – A. CARLOS PEÑA – A. MORA
PALAZÓN – P. GONZÁLEZ YANCI – I. BARBEITO CARNEIRO*

*INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C. S. I. C.*

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas
corresponde al autor de la conferencia.

Imagen de cubierta: *Exedra*, en el Parque del Capricho (Alameda de Osuna),
por Carlos Clifford, año 1856.

© 2011 Instituto de Estudios Madrileños
© 2011 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-930333-7-8
Depósito Legal: M-18184-2012
Impreso en España

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Presentación</i> , por ALFREDO ALVAR EZQUERRA.....	9
<i>Anotaciones al Ciclo de Conferencias Parques y Jardines Madrileños</i> , por M ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	11
<i>Los Jardines de El Escorial</i> , por CAMEN AÑÓN FELIÚ.....	15
<i>El patio de los evangelistas del monasterio de El Escorial</i> , por JOSÉ LUIS SANCHO GASPAR.....	35
<i>El Campo del Moro</i> , por JOSÉ MARTÍNEZ PEÑARROYA.....	61
<i>Los jardines del Capricho de la Alameda de Osuna</i> , por MÓNICA LUENGO AÑÓN.....	79
<i>Jardines en el Real Bosque de la Casa de Campo</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	111
<i>Los Jardines de Aranjuez</i> , por ANA LUENGO AÑÓN.....	137
<i>Paseos, caminos y arbolado: la jardinería en el urbanismo madrileño (siglo XV a XVIII)</i> , por CARMEN CAYETANO MARTÍN.....	151
<i>Jardines particulares en el Madrid del siglo XVIII</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA.....	175
<i>Jardines conventuales. Un caso singular: los Recoletos de Huerta a Biblioteca</i> , por FÉLIX DIAZ MORENO.....	187
<i>De los jardines de la Moncloa al parque del Oeste</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	201
<i>Espacio y solaz para los madrileños: El Paseo del Prado</i> , por CONCEPCIÓN LOPEZOSA APARICIO.....	215
<i>El Real Jardín Botánico, una institución al servicio de la Corona española</i> , por ROSA BASANTE POL.....	229
<i>Las Vistillas</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA.....	245
<i>Parque de la Fuente del Berro</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ.....	257
<i>La Quinta de los Molinos</i> , por RAFAEL SERRANO RUBIO.....	273
<i>Los nuevos espacios verdes de la Comunidad de Madrid</i> , por CARMEN ARIZA MUÑOZ.....	291

<i>El parque Arias Navarro, pulmón de Aluche</i> , por FRANCISCO AZORÍN GARCÍA.....	301
<i>Los Jardines de Eva Perón</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ INSÚA	317
<i>La plaza de Oriente</i> , por ALFONSO DE CARLOS PEÑA.....	333
<i>Los Jardines del Descubrimiento</i> , por ALFONSO MORA PALAZÓN.....	355
<i>El Pasillo Verde</i> , por PILAR GONZÁLEZ YANCI.....	373
<i>El Jardín de Marcela, la hija del poeta Lope</i> , por ISABEL BARBEITO CARNEIRO	395
<i>Los Jardines de la Fresneda</i> , por CARMEN AÑÓN FELIÚ	421

LAS VISTILLAS

Por JOSÉ MONTERO PADILLA
Instituto de Estudios Madrileños

Conferencia pronunciada el día 16 de
enero de 2007, en el Museo de los
Orígenes (antes Museo de San Isidro)

EL RECUERDO DE GABRIEL MIRÓ

Gabriel Miró es uno de los más singulares, extraordinarios, sensitivos prosistas españoles del pasado siglo XX. En pocos escritores como en él puede percibirse el goce de la palabra, una palabra que es, al mismo tiempo, música, plástica sugerencia, caricia sensorial, belleza en plenitud. Y es que, tal como observó Juan Gil-Albert:

En la obra de Miró las palabras no caen en tropel por el único deseo de redondear una frase o apoyar un período –ni impresionismo, ni preciosismo, ni simbolismo–, sino que cada una tiene allí una misión que pudiéramos llamar fisiológica, de funcionamiento vital, y la frase entera, una saturación literaria, de un adensamiento especioso que levanta en el espíritu las emociones más perfectas¹.

Gabriel Miró, alicantino de nacimiento, vino a Madrid en el mes de julio del año 1920. Su primera vivienda la tuvo en la casa número 46 de la calle Rodríguez San Pedro. En sus días madrileños iniciales laboró en el Ministerio de Trabajo; después en el de Instrucción Pública, en éste como secretario de los Jurados de los Premios Nacionales de Literatura, un puesto creado probablemente para él (la denominación exacta era: «Auxiliar competente artístico y literario, para la organización de Concursos Nacionales de protección a las Bellas Artes»). El propio escritor decía: «... si no fuera por esto ¿de qué iba uno a vivir? Los libros no le dan a uno otra cosa que el placer inefable de escribirlos».² Era Miró personalmente

¹ Juan Gil Albert, *Gabriel Miró (El Escritor y el Hombre)*, Valencia, Cuadernos de Cultura, 1931, pág. 29.

² Reproduzco de *Los premios de ABC Mariano de Cavia y Luca de Tena*, Introducción de José Luis Vázquez Dodero y Antonio Rodríguez de León, Madrid, Edit. Prensa Española, 1955, pág. LXVII.

quien entregaba a los autores galardonados, con la consiguiente satisfacción de éstos, el dinero correspondiente al premio obtenido.

Durante esos años no le abundaron las satisfacciones literarias. Y desalentador fue el fracaso en las dos ocasiones en que concurrió al premio Fastenrath de la Real Academia Española. Sí obtuvo, en 1925, el premio Mariano de Cavia correspondiente al año anterior, por un extenso, bellísimo artículo literario: «Huerto de cruces». Componían el jurado José Francos Rodríguez, Gabriel Maura, Pedro Muñoz Seca, Eugenio d'Ors y Darío Pérez.

En 1927, los académicos Azorín, Armando Palacio Valdés y Ricardo León presentaron la candidatura de Miró para su ingreso en la Real Academia Española, sin obtener éxito. Una nueva propuesta, dos años más tarde, fracasó igualmente. Desde entonces Azorín dejó de asistir a las sesiones académicas. El motivo de la ausencia azoriniana ha sido relacionado con el rechazo a la candidatura de Gabriel Miró. Azorín, en sus *Memorias*, da otra explicación –¿sincera?– para justificar su mantenida inasistencia:

Hay una causa que es un obstáculo para mi asistencia a la Academia: la hora de las juntas o sesiones. Esa hora es la de las ocho, y a esa hora es cuando yo hago mi postrera refacción. No la tomo a otra hora por nada del mundo. Media hora después, estoy metido entre sábanas. Y al comienzo de la madrugada principio a trabajar. La asistencia a la Academia trastorna, por tanto, mi vida cotidiana. Y la calefacción, en invierno, me congestiona. Y no puedo ya dormir. A mis años, tales razones son de peso. No hablemos más del caso; no queramos buscar a mi ausencia de la Academia motivos que no existen. Si existieran, algo hubiese rezumado, como las gotitas de cántaro poroso, en los artículos que he escrito³.

El autor de *Años y leguas* murió a consecuencia de una operación de apendicitis, en Madrid, en la casa número 20 del paseo del Prado, a las nueve y media de la noche del 27 de mayo de 1930. Se le enterró en el cementerio madrileño del Este.

LA PLAZA DE GABRIEL MIRÓ

Desde hace un número considerable de años, por acuerdo municipal de fecha 23 de julio de 1930 –muy reciente pues el fallecimiento del escritor– una plaza madrileña lleva su nombre, que vino a sustituir así al de plaza del Campillo de las Vistillas que ostentaba el lugar desde largo tiempo atrás. Pero he podido observar, en varias ocasiones, cómo son numerosas las personas que, al oír una referencia a la plaza de Gabriel Miró, preguntan: –¿Y dónde está esa plaza? Y, sin embargo, esta plaza es, en nuestra ciudad, uno de sus más característicos, atrayentes, significativos lugares, abundoso de nobles memorias, sugerente de panoramas, encrucijada de personajes y episodios, archivo de historias y anécdotas.

³ Azorín, *Memorias*, en *Obras escogidas*, III, pág. 1126, Madrid, Espasa, Clásicos Castellanos, 1998.

En el Madrid actual, de prisas y agobios, de opulencias y miserias, atrayente y contradictorio, no resulta fácil, en verdad, el paseo lento y gustoso («-vaya usted más despacio, señorita... -pero, ¿por qué?... -para que dure más el paseo, señorita, para que dure más...»), el disfrute de lo que se ha denominado «la alegría de andar»... No resulta fácil, es cierto, pero tampoco imposible. Hay, sí, que disponer de un poquito de tiempo -cada vez, ¡ay!, más escaso-, y también proponérselo uno con cierto empeño.

Y para ir andando, en sosegado paseo, a la plaza de Gabriel Miró, y si para ello nos situamos, por ejemplo, a la altura del palacio de Oriente, podemos recorrer tranquilamente la calle de Bailén, camino hacia el Viaducto. A nuestra izquierda -según la dirección que hemos tomado-, quedan el teatro Real, y la calle Mayor, y el palacio del Consejo de Estado, y un busto -casi escondido entre la verdura que lo circunda- del escritor romántico Mariano José de Larra, y el lugar donde tuvo su emplazamiento el palacio de la princesa de Éboli y del cual salió presa camino de Pastrana... Atravesamos el Viaducto, sobre la gran barrancada de la calle de Segovia, llegamos a la calle de la Morería y siguiendo ésta a nuestra derecha desembocaremos en un gran espacio abierto -plaza, jardines, mirador- cuyo nombre figura profusamente indicado: plaza de Gabriel Miró.

Esta plaza se encuentra, pues, entre la calle citada de la Morería, y las de Don Pedro y de San Buenaventura, y la travesía de las Vistillas, y las cuestas de los Ciegos y de Javalquinto. Esta última, cuyo nombre permanece vivo en el callejero madrileño, se halla entre la calle de Segovia y los jardines denominados de las Vistillas. Hasta 1912 la cuesta de Javalquinto e incluso toda la zona recibía también abreviadamente el nombre de las Vistillas.

Antonio Capmany, en su libro *Las calles de Madrid*, de 1863, se refiere a las Vistillas de San Francisco y explica sobre ellas:

Estas son un campo que hay entre las casas grande y chica del duque del Infantado, bajando por la calle de Don Pedro, cuyo terreno pertenece al mencionado duque. Se llama el campo de las Vistillas de San Francisco, por las que desde este cerrillo se descubren y por la proximidad al convento de este santo⁴.

Idéntica explicación para el nombre dan Hilario Peñasco y Carlos Cambronero, en su libro sobre las calles de Madrid: «Llámase *Vistillas* este sitio por las vistas que desde él se descubren»⁵.

Durante mucho tiempo -escribía Gaspar Gómez de la Serna en 1963- fue todo esto desmonte puro al que subían renqueantes, desde el hondón de la calle de Segovia, las cuestas

⁴ Antonio Capmany y Montpalau, *Las calles de Madrid*, 1863, pág. 411 (edición facsímil).

⁵ Hilario Peñasco y Carlos Cambronero, *Noticias, tradiciones y curiosidades de las Calles de Madrid*, Madrid, 1889, pág. 565 (edición facsímil).

de los Ciegos y de Javalquinto; hasta que, hace bien poco, floreció aquí el cuidado jardín de las Vistillas...⁶.

Por tanto, la actual plaza de Gabriel Miró está en el lugar cuyo nombre tradicional y popular fue el de Campillo de las Vistillas, con más extensa precisión de las Vistillas de San Francisco, a fin de distinguirlas de las Vistillas del Río, sitas éstas detrás del espacio donde se alza actualmente el palacio del Senado. Y, en 1944, el Ayuntamiento madrileño acordó que la calle existente al comienzo de la plaza se fundiera con ésta y por ello se denominase igualmente de Gabriel Miró y que los jardines volvieran a llamarse de las Vistillas.

LAS VISTILLAS

El Campillo de las Vistillas de San Francisco, que en el plano de Teixeira aparece como Vistillas de San Francisco y en el de José Espinosa de los Monteros, de 1769, figura como plaza de las Vistillas, es un cerro desde el que puede contemplarse aún hoy, a pesar de las incontenibles y, a veces, asfixiantes invasiones inmobiliarias, unos espléndidos panoramas: la Casa de Campo y el Palacio Real, con la sierra de Guadarrama al fondo, como en los versos de Antonio Machado:

¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo,
la sierra gris y blanca,
la sierra de mis tardes madrileñas
que yo veía en el azul pintada?...

Y la pradera de San Isidro, y los caminos hacia el sur y el oeste de Madrid...
En 1918 un notable escritor y crítico, Enrique Díez Canedo, describía en un artículo el panorama visible desde las Vistillas con los siguientes términos:

Por el balcón de las Vistillas corren los ojos, rozando apenas el humilde Madrid del barrio de Segovia, que trepa hasta el Alcázar blanco, y posándose levemente en el oscuro verdor de los encinares próximos, hacia la lejanía, donde la sierra tendida de nieve se esconde entre nubes. No está limpia la atmósfera: un tenue vapor esfuma los términos; pero la mañana es tan quieta, que algo trasciende al ánimo de su reposo.⁷

A este cerro o alto de las Vistillas se refiere también Pío Baroja en una de sus *Canciones del suburbio*, la número XXVII, titulada precisamente «Las Vistillas de Madrid»:

⁶ Gaspar Gómez de la Serna, *Madrid y su gente*, Madrid, Ayuntamiento, 1963, pág. 51.

⁷ Enrique Díez-Canedo, *Conversaciones literarias (1915-1920)*, Madrid, Editorial América, 1921, pág. 100.

El alto de las Vistillas,
 un día claro de junio,
 es un sitio de Madrid
 como no se encuentran muchos.
 Brota a lo lejos la sierra,
 con sus perfiles ceñudos,
 corre abajo el Manzanares,
 claro aquí, por allá turbio,
 por el campo, que es a trechos
 amable, seco y fecundo.
 El palacio se destaca
 como una bandera en triunfo
 entre un ambiente de luz
 sobre un horizonte puro.
 Allá se ve la Moncloa,
 aquí cerca, el Viaducto;

a la izquierda hay un desierto
 triste, sombrío y desnudo;
 a la derecha, la tierra
 que Velázquez pintar supo
 y que Goya definió
 con un humor furibundo.
 El alto de las Vistillas
 tiene sus días de lujo,
 en que se colocan puestos
 con sus opulentos frutos
 de sandías y melones,
 avellanas e higos chumbos
 para pobretes menguados
 y gente de alto coturno
 (...)⁸

Paraje este muy popular un tiempo entre los habitantes de Madrid –madrileños o no de nacimiento-, escenario de verbenas, romerías y otros festejos, tiene uno de sus más fervorosos comentaristas en Pedro de Répide, quien destacaba su «magnífica situación» y su carácter y valor de «espléndido miradero», desde el que pueden verse, según su descripción del panorama ya antes referido:

[A] la derecha, toda la extensión de la Casa de Campo. La visión del Palacio Real y sus jardines, con el fondo velazqueño de la Sierra, completan de este lado el admirable panorama, cuya contemplación hace del cerro de las Vistillas uno de los más bellos miradores de España, el país tan pródigo en la varia belleza del paisaje⁹.

Lugar extremo y apartado en la ciudad, fue por ello, en lejanos tiempos, espacio escogido para la celebración de duelos o desafíos, propicio para los encuentros clandestinos de conspiradores. Y, más novelesca o fantásticamente, escenario de presuntas apariciones celestiales en la primavera de 1886, y observatorio natural para el paso del cometa Halley.

Asimismo, en él se establecían, año tras año, en la estación correspondiente, grandes puestos de melones y sandías. De ello abundan las memorias en diversos textos literarios, como en un sainete original de Carlos Arniches, titulado precisamente *Sandías y melones* (1900), donde un personaje que desde un balcón de su casa ha arrojado agua y mojado inadvertidamente a unos transeúntes, les dice:

⁸ Pío Baroja, *Las canciones del suburbio*, en *Obras Completas*, t. XII, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, págs. 1301-1302.

⁹ Pedro de Répide, *Las calles de Madrid*, compilación, revisión, prólogo y notas de Federico Romero, Madrid, Afrodísio Aguado, 1971, pág. 777.

—Señores, una palabra: Nos ha rociao, pero no le hace, porque ahora sus vaís a ir a la taberna que poseemos la señora y yo, sita en el Campillo de las Vistillas, donde seguiréis la juerga y nos salimos a los puestos de melones y sus invitaré a otra sandía mucho más obesa que la malograda, y se hace punto a este altercao con gotas; y siga la alegría.

Y la Virgen cuya fiesta se celebra el día 8 de septiembre era conocida como *la Melonera*, tal como cuenta uno de los mejores cronistas de Madrid, Pedro de Répide:

Aquí en Madrid, aunque no somos campesinos, celébrase también el día de esta virgen septembrina, a la cual, con cierta irreverencia cariñosa, suele llamarse *la Melonera*. Improvisase en su honor un templo al aire libre, en pleno cerrillo de las Vistillas; sus naves fórmanse con pilas de melones y sandías, y hasta que las ferias se instalan en Atocha y hacen cambiar el amor a las sandías y a los melones por la afición a las acerolas y las nueces, dura el culto melonero en su espléndida basílica¹⁰.

Muy expresivas, afectivas palabras con un perfume de nostalgia escribió Alonso Zamora Vicente sobre las Vistillas en su libro *Examen de ingreso. Madrid, años veinte*: territorio las Vistillas de juegos y travesuras infantiles, de fiestas cuando la Virgen Melonera, y su desaparición al fin... Dice Alonso Zamora:

En las Vistillas, desmontes sucios, polvareda y sed, sentados en periódicos o en trozos de viejos espartos, nos lanzábamos, tobogán improvisado, por el terraplén abajo. Caídas, pantalones rotos, descalabraduras entre trozos de botellas y latas oxidadas... [...] Tardes de las Vistillas, griterío, crepúsculos lentos, gozo de la noche madurándose. Todo aquello se clausuraba al llegar septiembre, con las fiestas de la Melonera. Se levantaban los barracones donde, a cala y a prueba, se ofrecían sandías y melones. Brillaban las sandías puestas en pirámide ordenada, y los melones, ¡De Villaconejos, azuquítar puro...!, sufrían el ininterrumpido apretar fingido para calibrarles la madurez. [...] Puntuales, con la Virgen de septiembre, llegaban las tormentas. Un inmenso incendio, destellando sobre los nubarrones oscuros, se acercaba desde la Casa de Campo, grandes goterones, oscuridad súbita desplomándose sobre el Parque del Oeste, el Palacio, los muñones de la Almudena creciente, y el ventarrón se llevaba los toldos, todo el mundo corría tras ellos, algunos llegaban hasta la entrada del Viaducto, donde las mesas de un aguadujo rodaban por las aceras. [...] La Melonera desapareció. Un año no hubo fuegos artificiales, ni procesión, ni siquiera melones. Llegaron una mañana a las Vistillas los obreros municipales, abrieron calles, pavimentaron la bajada a la Ronda de Segovia, hicieron jardines por los derrumbes, no pudieron ponerse las barracas¹¹.

¹⁰ Pedro de Répide, *Costumbres y devociones madrileñas*, Madrid, Librería de la viuda de Pueyo, 1914, págs. 175-177.

¹¹ Alonso Zamora, Vicente, *Examen de ingreso. Madrid, años veinte*, Madrid, Colección Austral, 1991, págs. 33-37.

MALICIAS Y SONRISAS CON LAS VISTILLAS

El nombre de las Vistillas con su aplicación al callejero madrileño aparece en textos diversos desde antiguo, así, por ejemplo, en una comedia de Calderón de la Barca *El Castillo de Lindabridis*, donde se hace referencia a la calle Mayor, al Prado y a las Vistillas. Y en el siglo XVIII, en una *Memoria de los mesones y posadas que había en la Corte en 1733*, se da noticia de la existencia «en la calle de las Vistillas, [de] una casa de posada secreta, en la casa del Pasadizo, cuarto bajo, que su dueño, por arrendamiento, es Diego García». ¹² Y en la misma centuria, el más antiguo diccionario de la lengua española publicado por la Academia, el denominado de Autoridades, incluye en su tomo sexto (Madrid, 1739) el término *Vistillas* y lo define como 'Lugar alto, desde donde se ve, y descubre mucho terreno', y como autoridad recoge unos versos de la comedia de Calderón antes citada. La definición dada en el siglo XVIII se mantiene en las ediciones posteriores hasta la más reciente, con el añadido de la frase coloquial *irse a las Vistillas*: «En el juego de cartas, procurar con disimulo ver las del contrario». Y, de una manera general, la palabra *vistillas*, diminutivo de *vistas*, adquiere, en esa forma diminutiva, familiaridad, afectividad.

El nombre de *las Vistillas* propicia el juego con los significados de las palabras. De ello dan risueños testimonios, por ejemplo, algunas piezas de Carlos Arniches, como la titulada *Rositas de olor*, en la que una muchacha a la que están columpiando, advierte:

–Oye, no darme tan fuerte, que aquí hay un señor que s'a mudao a las Vistillas.
Y el tal señor –su nombre Cirilo– replica:
No he encontrao habitación en la cuesta de los Ciegos, joven.

O como en *Cuidado con el amor*, donde una doncella de servicio en una casa dialoga, subida a una escalera, con un criado:

Doncella: ¡Chico, qué vida! ... Nada es nada.
Criado: Todo es nada, querrás decir.
Donc.: ¡Qué más da! Eso es según desde donde lo mires.
Cria.: Es que desde donde yo lo miro hay algo que es algo...
Donc.: Oye... (Se arregla las faldas).
Cria.: ¡No te asustes!
Donc.: Es que tú por menos de nada te empadronas en las Vistillas.

Y hasta para la trampa en el juego de cartas se acude a las Vistillas, así en el famoso sainete *La cara de Dios*, donde un personaje dice: «[...] Y hay quien *se va a las Vistillas*, procura verte el juego a ver si te da capote».

¹² Vid. Miguel Herrero García, *Madrid en el Teatro*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, C. S. I. C., 1962, pág. 322.

EDIFICIOS, MONUMENTOS, ESCULTURAS

En el terreno, aproximadamente, que ahora ocupa el edificio del Seminario conciliar, hubo un palacio y amplios jardines. A ese palacio alude, quizás, la letra de una canción de la famosa zarzuela *La viejecita*, libreto de Miguel Echegaray –hermano de don José, nuestro primer premio Nobel de Literatura-, con música del maestro Caballero:

En un cerrillo
se alza un palacio
con cien salones
de mucho espacio.
De sus balcones
las barandillas
miran al campo
de las Vistillas.

Ese palacio había sido hecho construir, en el siglo XVIII, por la duquesa viuda de Osuna. En él se celebraron, a lo largo de la centuria decimonónica, grandes fiestas ofrecidas por sus dueños, en especial por los duques don Pedro y don Mariano Téllez Girón. El gasto continuo y exorbitante supuso la ruina y obligó a la venta pública de los valiosísimos bienes muebles existentes en el edificio. De esta almoneda y de la ruina en general de la casa de Osuna algunos creyeron percibir una huella o alusión en la comedia de Jacinto Benavente *La comida de las fieras*, estrenada en el madrileño teatro de la Comedia el día 7 de noviembre de 1898. La certeza de la alusión la corrobora, entre otros, Melchor de Almagro San Martín, en su libro *Biografía del 1900*:

En el primer acto de *La comida* hay una alusión a la almoneda del duque de Osuna. Esto complace al público, que quiere ver personas de carne y hueso de las que andan por ahí en los personajes benaventinos¹³.

Actualmente existe aún en la plaza de Gabriel Miró, muy cerca de la calle de Don Pedro, una casa inconfundible por el gran mirador que avanza delantero en su planta superior. Sobre la fachada del edificio, una antigua cerámica conserva las indicaciones siguientes:

Campillo de las Vistillas
de San Francisco
n.º 3
Barrio de las Aguas

¹³ Melchor de Almagro San Martín, *Biografía del 1900*, Madrid, Revista de Occidente, 1943, pág. 94.

Y una placa, ahora desaparecida –¿por qué?– recuerda –recordaba– que en este lugar tuvo su estudio el pintor Ignacio Zuloaga. Pero se ignoró, lamentablemente, que también aquí, antes que Zuloaga, tuvo su estudio el escultor Victorio Macho (1887-1966), y en él realizó la estatua de Benito Pérez Galdós para el monumento dedicado al autor de *Fortunata y Jacinta* en el parque madrileño de El Retiro. Testimonio vivo y directo de todo ello nos lo proporciona una crónica de Emilio Carrere:

En la cuesta de Javalquinto, cerca del viejo palacio de la duquesa de Alba tiene su estudio el escultor Victorio Macho. Por el gran ventanal se ven las señoriales lejanías de El Pardo, la sierpe de plata del «arroyo aprendiz de río» y las nieves de la sierra.

Es una tarde dulcemente dorada. Perdido el pensamiento en la encantadora lontananza del paisaje, aguardo la llegada del escultor. [...] En el centro de su estudio se alza un busto de la madre del artista. Creo adivinar que los cinceles temblaron de unción al trabajar el barro. Es un rostro de mujer bello y augusto. El poeta montañés Luis Barreda dijo que era «el retrato de todas las madres.

Entre Victorio Macho y el admirable y querido Ramírez Ángel han concebido la idea de erigirle un busto a Galdós, y para ello se abrirá una suscripción exclusivamente popular. Todo español que quiera puede contribuir a este homenaje de cariño al maestro cordial, viejo y casi ciego. [...].

Yo asocio este pensamiento de un homenaje al autor de los *Episodios nacionales* con la visión castizamente nacional que se divisa desde la galería de este estudio. Es este sol que dora el Campillo de las Vistillas...¹⁴.

Otra referencia a la obra de Victorio Macho, cuando aún no había salido del referido estudio del escultor, hallamos en el artículo antes citado de Enrique Díez-Canedo. Éste, con ocasión de una visita a Victorio Macho pudo ver la estatua de Galdós, ya terminada, y la describe con profunda admiración:

En el silencio del estudio, la estatua nos da otra lección de majestad; tranquila, homérica de expresión la cabeza augusta; inmóviles, unidas las manos, que ya hicieron su tarea. Un paño cubre las piernas; el traje de hoy, disimulando sus hechuras efímeras detrás de las líneas esenciales, viste para la eternidad la escultura. Si fuese ya de su tamaño, diríamos que el propio Galdós, ciego y mudo, iba siguiendo nuestra charla y aprobándola con su cabeza paternal¹⁵.

El monumento se inauguró, en el parque del Retiro, el 20 de enero de 1919. Galdós, ya ciego, asistió al acto. Al año siguiente, el día 4 de enero, le llegaría la muerte, en Madrid.

¹⁴ Emilio Carrere, *Antología*, edición, introducción y notas de José Montero Padilla, Madrid, Edit. Castalia, Clásicos Madrileños, 1999, págs. 349-350.

¹⁵ Enrique Díez-Canedo, *oc. cit.*

Memorias, pues, lejanas memorias si se quiere, pero vivas emocionalmente, de una de las más excepcionales figuras de las letras españolas, Benito Pérez Galdós, en esta plaza de Gabriel Miró, antes del Campillo de las Vistillas de San Francisco. Memoria también en el lugar de aquel gran escultor que fue Victorio Macho, y olvidado, demasiado olvidado a veces.

Y recuerdo asimismo, del pintor Ignacio Zuloaga, en la placa ahora desaparecida –¿por qué razón o sinrazón, volvemos a preguntarnos?–, de la fachada de la casa donde tuvo su estudio, y que fue también su última vivienda madrileña, recuerdo expresado igualmente en el busto suyo, que puede verse en el centro de la plaza.

EL MONUMENTO A RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ramón Gómez de la Serna afirmó, en su libro *Elucidario de Madrid*, con frase muy expresiva de su singular imaginación creadora, que

El gran barranco de Madrid, en que la Corte se desnuda por la vertiente de las Vistillas y por la cuesta de la Vega, es el primer camino que siguen los procreadores de la Corte¹⁶.

Afirmar que Ramón es uno de los máximos *procreadores* de un Madrid que constituye excepcional capitalidad literaria, no supone novedad, ciertamente. Y que el monumento que Madrid debe dedicar siempre a este escritor tan suyo se encuentre en esta plaza tan madrileña y tan colmada de motivos, recuerdos y sugerencias parece un claro acierto. Fue inaugurado en 1972. Lo forman un estanque y, en el centro de éste, un pedestal el cual sostiene una gran pieza de bronce donde figuran grabados un medallón con la efigie del creador de las greguerías y varios objetos alusivos al quehacer y vivir ramonianos: una lira, unos libros, una pluma, una pipa. Y encima, coronándolo todo, una figura de una mujer desnuda, a la que parece concedérsele, según la idea del escultor autor del monumento, Enrique Pérez Comendador, carácter representativo de la «Anticipación a la Vanguardia». Igual podría ser «la musa de Ramón», o atribuírsele otros significados no carentes de fundamento. En cualquier caso, creemos que a Ramón no le habría parecido mal esta presencia femenina en su monumento, presencia simbólica –también podría serlo– de lo eterno femenino, del *ewig weibliche* goethiano, al cual él nunca estuvo ajeno.

VIOLETAS EN LA PRIMAVERA DE MADRID

Emiliano Ramírez Ángel (1883-1928), escritor apenas recordado ahora, no había nacido en Madrid, pero su creación literaria –fina, delicada, atenta a la emoción de los pequeños acaeceres cotidianos– encontró su inspiración fundamental en motivos madrileños. Él mismo dijo, a propósito del carácter de sus obras:

Frivolidad, optimismo, cierta leve zumbonería, piedad, amor por Madrid –el Madrid actual, humilde y joven– y ternura para pintar la clase media entre la que vivo...

Ese amor por Madrid lo plasmó Ramírez Ángel en muy diversas páginas, así en las que dedicó al elogio de la violeta y su resurrección en las primaveras de Madrid, páginas recogidas en su libro, de 1924, *La Villa y Corte pintoresca*, y donde dice, con amable efusión:

la violeta, amiga de lo mozo y de lo renovado, chiquita y sin petulancia, acelera la resurrección de la Villa y Corte, con empeño y júbilo que, poco después, secundarán las lilas. [...] Madrid tiene más alma de violeta que de lirio; sus aromas predilectos nunca cuestan caros. Como lleva mantoncillo, y no manto, le ha gustado siempre más, en su viveza, enredarse con los flecos del chal que pararse a sujetar la corona. Así, humilde y bien avenido con su suerte, adora en Marzo la violeta, y en Mayo la lila y en Agosto la albahaca, y en Septiembre el nardo: flores del pueblo, castizas y garbosas, [...] Y esa gracia de lo pequeño y de lo sencillo; ese culto del paso y del pie breves, de la réplica viva, del guiño, del matiz, de la finura y la levedad, residen en la violeta. En esta patria de adopción para tantos españoles, la violeta, que es de todas las comarcas, encuentra acogida de búcaro en todos los corazones, y aun los torna adolescentes¹⁷.

Y he aquí que el paseante por las Vistillas –o plaza de Gabriel Miró– encuentra en un extremo del lugar, no mal instalada, una estatua de mujer –garboso el gesto, pañuelo a la cabeza, un cestillo con flores entre la cadera y la mano izquierdas-, con una placa en la que figura escrito: «La violetera». Y, debajo, los nombres de José Padilla, autor de la música de la canción famosa, y de Montesinos, autor de la letra. Pero esta estatua la habíamos visto antes, en otro lugar: en la confluencia de la Gran Vía con la calle de Alcalá. Hubo polémica entonces: sobre la calidad estética de la estatua, sobre su emplazamiento... Y un día la estatua desapareció y vino a parar adonde ahora se encuentra. ¿Acertadamente? Acaso no desentone en lugar tan madrileño, y desde luego acerca la memoria de una canción célebre, a la que se ha llegado a calificar, por José Luis Garci, en artículo publicado en el diario *ABC*, como «la más bella canción del siglo XX».

MADRID «ACEPTA A TODOS COMO A MADRILEÑOS»

Que un lugar tan seguramente madrileño y con tan copiosos y significativos recuerdos unidos a la vida y la historia de Madrid, ostente el nombre de Gabriel Miró puede, quizá, causar sorpresa. E incluso cabe pensar si no habrían sido más acordes con el lugar otros nombres también ilustres y ligados entrañablemente a Madrid, como, por

¹⁶ Ramón Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1957 [2TM. ed.], pág. 113.

¹⁷ Emiliano Ramírez Ángel, *La Villa y Corte pintoresca. Escenas y momentos madrileños*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1924, págs. 9-13.

ejemplo, el del escritor madrileño Pedro de Répide. No obstante, ello puede alcanzar sentido, antes incluso que por la excepcional importancia literaria de Gabriel Miró, porque es testimonio de un hecho muy coherente con la personalidad de la Villa y Corte. Ésta, tan frecuente, tan arbitraria, tan injustamente denostada, ha sido y continúa siendo una ciudad abierta a todos cuantos a ella se allegan, más aún: integradora, generosamente integradora. Y por esta razón tienen pleno sentido y vigencia, todavía hoy, los versos antiguos de Pedro Calderón de la Barca:

Es Madrid, patria de todos,
pues en su mundo pequeño
son hijos de igual cariño
naturales y extranjeros.

U otros versos, de Antonio Machado, mucho más cercanos:

En este remolino de España, rompeolas
de las cuarenta y nueve provincias españolas...

En fin y en síntesis, con palabras de Ramón Gómez de la Serna: «Madrid acepta a todos como a madrileños».

Y la plaza de Gabriel Miro, antes Campillo de las Vistillas de San Francisco, con sus jardines delanteros de las Vistillas, se nos muestran así como ejemplo y elocuente testimonio del rasgo más singular de nuestro Madrid, acogedor sin perder por ello su esencialidad y su carácter propio.

Y FINAL

Nos hemos referido, pues, a un lugar propicio a la evocación, donde resuenan ecos de otro tiempo y coinciden memorias lejanas, solemnes unas, populares otras, todas entrañables, y que nos acercan nombres, hechos, modos y circunstancias definitivamente idos. No es éste, en verdad, el actual y nuevo Madrid crecedero, pero guarda, para el que quiera conocerlos y sentirlos, testimonios de existencias y costumbres que fueron, y exhala un perfume llamado nostalgia.

El antiguo Campillo de las Vistillas de San Francisco posee, con palabras de Pedro de Répide que siguen siendo válidas, «una singular calidad de gran terraza de la villa». Y este espacio, a despecho de poluciones y construcciones desafortunadas o impertinentes e invasoras, de pintadas y chafarrinones, de abandonos y descuidos, permite aún al visitante asiduo, desde su gran terraza o mirador, disfrutar de la hora mágica de la ciudad, que aquí, en los jardines delanteros de las Vistillas, coincide con la hora de la atardecida, cuando en el cielo se traza una larga, lenta verónica de carmesí y oro, y la luz y el aire de Madrid, translúcidos casi, semejan iniciar un temblor lírico y sentimental.